

MARÍA VERÓNICA SERRANO

Sombras en el mediodía

EL GUARDIÁN LITERARIO



MARÍA VERÓNICA SERRANO

Sombras en el mediodía



EL GUARDIÁN LITERARIO

Esa sensación de volar, quiere soñar y volver a sentirla. Atrapada frente al televisor, Eugenia intenta fortalecer su sensación de mujer real; mujer cuya piel admite el paso del tiempo, y sus articulaciones, sus huesos, adquieren sustancia.

No es fácil volver a sentirse perteneciente en un mundo cada vez más confuso, cada vez más indiferenciado y rauda, piensa. Sin embargo, cree que ese mundo también puede ser versátil, puede admitir a una mujer sin sustancia, sin pasiones y sin éxitos. A las mujeres frustradas que aún intentan dar lo mejor de sí.

A veces Eugenia se siente como una aventurera; advina el horizonte por detrás de los edificios que pueblan la vista desde su ventana y se imagina abriéndose paso en tan solo alguno de los incontables senderos que la providencia le guarda. Pero el tiempo ha pasado y pasa, y ella sigue así: una versión estática de sí misma, con toda esa vitalidad congelada en un *flash* frente al televisor.

Abrió la ventana y observó el cielo plagado de nubes cargadas de agua, intimidantes y pesadas. Respiró

la humedad caliente llenando con esfuerzo los pulmones doloridos. El hondo retumbar de los latidos en el pecho se imponía a su propia quietud.

La vecina levantó la persiana. Cada una se había acostumbrado a asomarse cuando escuchaba que la otra abría la ventana. Los contrafrentes de ambos edificios se separaban por una escasa distancia; parecía que si estiraban las manos se podrían tocar, o pasarse el mate por sobre el intento de precipicio que las separaba, un espacio que daba al interior de la manzana cuyo fondo se veía oscuro, sucio de tierra y de todo lo que los vecinos tiraban por las ventanas. Se saludaban y conversaban de cosas triviales.

Alguien que estaba siempre presente en las charlas de las dos mujeres, era otra vecina. “La yogui”, como ellas le decían, vivía en uno de los edificios que daban al mismo pulmón de manzana; era una mujer flaca y alta, también de mediana edad, a quien podían espiar arrimándose discretamente al filo de las ventanas. Tenía la costumbre de salir a su balcón, un piso más abajo que el de ellas y enfrente en diagonal a sus ventanas, y tomaba distintas posturas de yoga para meditar durante largos ratos, a cualquier hora.

Pero lo que más nutría sus “charlas de entre ventanas” eran los frecuentes encuentros pasionales de la yogui; ellas los podían escudriñar a través de las cortinas de *voile* que escasamente velaban el *living* comedor de la mujer, o escondiéndose detrás de sus persianas entrecerradas. A la yogui parecía no importarle demasiado el género de sus *parteners*, ni el momento del día, ni el resguardo de su privacidad.

Pero ese día era viernes, y los martes, viernes y fin de semana de por medio, la yogui recibía a sus hijos, un adolescente y dos nenas; así que era uno de los días que no tendrían función. Igualmente comentaron lo que habían podido espiar el día anterior a la tardecita, y lo hicieron entre frases a medias, miradas cómplices y grandes gestos, como era su costumbre para que ningún otro vecino advirtiera la conversación. Y por supuesto, como siempre, terminaron con sendos ataques de risa.

Cuando estaban a punto de cerrar las ventanas, mientras se secaban las lágrimas causadas por la risa, ven que el hijo de la yogui sale al balcón. Ambas lo miran haciendo silencio de golpe, para que él no repare en ellas. El chico —tendrá unos quince años— se acerca a la baranda y mira fijo al suelo. Algo les llama la atención. Lo ven encaramarse y doblarse casi hasta la cintura por sobre el barandal; las dos contienen la respiración. El muchacho apenas roza el suelo con la punta de los pies. Da la impresión de que cualquier corriente de aire repentina será la que decida cuál mitad del cuerpo ganará en peso con respecto a la otra. En eso salen al balcón las dos nenas, entre risas y gritos, y él se baja rápidamente. En un segundo levanta la vista y confronta a las dos curiosas, las interpe-la. Ellas le desvían la mirada, hacen como si no hubieran visto nada, se despiden y cierran las ventanas.

A través de los vidrios se miran con gestos de sorpresa; Eugenia curva hacia abajo las comisuras de sus labios mientras levanta las cejas y los hombros, y mueve la mano hacia arriba juntando los cinco dedos; Pilar le contesta

de igual manera, pero agrega el movimiento circular del índice sobre la sien. Se vuelven a despedir mostrando las palmas, mientras escuchan a las nenas de la yogui que se han puesto a jugar en el balcón.

“Qué ha sido eso” se pregunta Eugenia, pero no le da más vueltas al asunto. Sin querer se le ha hecho tarde, y se apresura a arreglarse un poco el maquillaje y el pelo antes de salir. Toma las llaves de la mesita junto a la puerta, cuando comienzan a escucharse los truenos. Desde la inundación del año anterior le ha quedado el temor de que el agua la sorprenda en la calle, de no poder alcanzar algún sitio seguro; pero tiene que salir igual. La llave en la cerradura resuena; sale del ascensor y sus tacos retumban en el pasillo vacío hasta que logra alcanzar la puerta de la calle y avanzar bajo el paraguas gigante.

En la vereda la gente se aglomera bajo los escasos techos que hay en esas cuadras. Camina con decisión, sin mirar a nadie; recorre lo más rápido que puede las cuatro cuadras hasta llegar al taller. Se da cuenta de que sin querer ha olvidado su material en el departamento: no tendrá nada para leer. Sube la escalera antigua donde las plantas de las macetas le rozan la pollera y las pantorrillas terminando de empaparle las piernas, y toca el timbre. Le abren rápido, pensando en que estará mojándose con la lluvia cada vez más intensa.

Hay solo cuatro personas, sus otros compañeros se amedrentaron con la tormenta. Se sienta, y el tiempo comienza a pasar escuchando a Corina que lee sus textos, y todos los comentan, y ella se arrepiente de no haber

vuelto a buscar los suyos. La pesadez y la humedad la invaden, pero sonrío.

En un momento, el encono de la lluvia contra el vitral de la puerta de entrada, el golpeteo de los postigos hostigados por el viento y las luces de las lámparas que de vez en cuando parpadean sugestivamente, crean un ambiente que es campo fértil para la imaginación; en ese terreno no es difícil compensar cualquier falta de inspiración plasmada en la escritura, cualquier exceso de entusiasmo en la lectura y cualquier sensación de desasosiego suscitada entre los que escuchan.

A Eugenia le gusta el taller. A veces le parece que trabajar con las palabras es como jugar a las cartas. Aunque no tiene gran dominio en ninguna de las dos áreas, piensa que las palabras, en cierto sentido, son igual que las cartas. Se barajan y se tiran sobre la mesa. Se forman piernas y escaleras, mientras se escudriñan las miradas de los compañeros de juego que son rivales, que son cómplices. Se levantan, se eligen o se descartan, arriesgándose al juego de los otros. Se apuesta al triunfo, se expone a la risa y a la burla, o a la envidia. Aunque fuera sin apuestas de por medio, siempre hay revancha. Eso piensa a veces Eugenia.

Claro que ella nunca supo jugar bien a las cartas. Solo a algunos juegos inocentes, casi infantiles. Solía tratar de contrarrestar la carencia de astucia de sus estrategias, con reiterados intentos por torcer alguna que otra regla a su favor. Tenía la costumbre de apelar a la complacencia de los contrincantes para lograr cierta fachada de picardía, cierto aire de audacia. Pero casi nunca lograba su afán.

Entonces, cuando perdía, era cuestión de barajar de nuevo y volver a dar.

En todo caso, esta vez sus naipes habían quedado olvidados en su departamento; era una de esas ocasiones en que se veía forzada a ser mera espectadora. Eugenia tomó la decisión de prestar toda su atención a su compañera de taller, de tal manera que en su momento, intentaría hacer algunos comentarios lo más lúcidos posibles. Pero mientras Corina seguía leyendo y su voz se sobreponía a los ruidos de la tormenta que de vez en cuando interferían en la lectura, ella otra vez se sintió fuera del juego.

Cuando salen, aún llueve bastante fuerte. Eugenia acompaña a Corina hasta la parada del micro, la guarece bajo su paraguas. Comentan cómo bajó la temperatura de golpe y que no para de llover. Afortunadamente el micro no tarda en llegar, y Eugenia se alegra de no tener que seguir esperando. Piensa en los zapatos de Corina, siempre con esos tacos aguja; Eugenia no entiende cómo hace su compañera en un día como ese para tenerlos tan impecables como de costumbre.

Emprende el regreso mirando abajo, tratando de no pisar las baldosas traicioneras, esas que están sueltas y que al pisarlas escupen un chorro sucio y frío hacia las piernas. Por mirar al suelo golpea sin querer con el paraguas a alguien que está bajo un techo con otras personas. “Perdón, no lo vi”, dice Eugenia sin detenerse y mirando apenas de reojo. Cuando vuelve la vista al suelo, advierte la imagen retenida en su retina y se da cuenta de que era Gerardo; él había dicho algo que ella no alcanzó a entender. “Ah,

chau” le dice, dándose vuelta ligeramente sin dejar de caminar, y con una amplia sonrisa. Le ha dejado claro que una vez que lo reconoció no tuvo reparo en saludarlo, no fuera que él interpretara mal su indiferencia primera. Pero ¿qué le había dicho él? Buscó las palabras en sus oídos, le parecía escucharlas aún; ¿él le había sonreído?

Pronto llegó a la puerta de su edificio. Agitada y con los pies empapados, entró y atravesó el pasillo; el ascensor le pareció más lento que nunca. Dejó el paraguas abierto junto a la puerta del departamento, se sacó los zapatos y puso el piloto en el respaldo de una silla. Se sentó y quiso que el sillón la fagocitara; se tocó las mejillas hirvientes y en seguida prendió el televisor. El cambio de las luces al ritmo del control remoto comenzó a tranquilizarla. Ya había oscurecido, y las persianas bajas no dejaban escapar ningún destello hacia el exterior.

Unos minutos después estaba en la cocina preparando un mate. Recordó que tenía que llamar a Faustina por su cumpleaños, y ya sabía que aquella no la iba a dejar cortar fácilmente. Hacía tiempo que no hablaban y tenían que ponerse al día. Tiró los primeros mates y se instaló otra vez en el sillón. Esta vez puso pausa en la tele y se preparó para hablar con su amiga.

Eugenia había heredado la relación con Faustina de sus padres, más especialmente de su madre, y había sabido enraizar en esa amistad. Era un lazo como de familia que se sostenía a través de los años. Con el tiempo habían ido dejando de verse, no necesitaban hacerlo; se mantenían al tanto la una de la otra por teléfono, para la época

de las fiestas o en los cumpleaños, y eso les era suficiente. Desde que Eugenia tenía memoria, Faustina siempre había estado ahí; incluso desde antes, en su nacimiento y sus primeros pasos. Y cuando lo de Simón. En casi todos sus avances y retrocesos, y en la muerte de sus padres. Incluso también antes de su propia existencia, cuando ella era solo un proyecto, o tal vez aún un sueño, Faustina había estado ahí.

Desde la comodidad del sillón, con el mate listo y la tele en pausa, la llamó. Tuvo la suerte de alcanzar a saludarla, porque recién iniciada la charla se cortó la luz, y por ende, también el teléfono inalámbrico. La escuchó feliz, con la voz temblorosa por el esfuerzo de imponerse sobre el bullicio generado por la música, las voces, el ruido de la fiesta. Sin embargo, no pudo evitar sentir algo de alivio al interrumpirse la comunicación; sopesó la algarabía que oía del otro lado de la línea con el silencio que se filtraba por el tubo desde su sillón, y sintió temor de no estar a la altura del ánimo festivo de su amiga.

A tientes alcanzó el cajón donde estaban las velas y prendió varias. Tomó algunos mates escuchando la tormenta. Por suerte después de la inundación había comprado una radio a pilas, y decidió prenderla un rato. No tenía hambre, no tenía sueño, pero igual se acostó.

En la oscuridad del dormitorio, metida bajo las sábanas, tocó la piel de sus brazos; sus dedos podían reconocer esas huellas que durante el día se escondían a la vista: múltiples e insignificantes cicatrices producto de una caída sobre una enramada, cuando era apenas una

adolescente y pasaba un verano en el campo. De pronto sus latidos parecieron golpear sus tímpanos desde adentro; entonces Eugenia volvió a cerrar los ojos y se puso de lado.

Esa noche durmió intranquila. Soñó que era una muchacha y estaba sentada sobre una baranda; abajo corría un arroyo, ella se balanceaba y el fondo era cada vez más lejano. Antes de que escapara a su mirada vio cómo, en medio de un torbellino, un castillo de naipes resistía los embates del viento. Era de noche; de pronto se veían luces, unos focos que la encandilaban desde lo profundo. Y los ojos de Gerardo, cuya mirada furtiva reaparecía una y otra vez en el agua bajo las baldosas.



II

El día había sido ajetreado desde la mañana. Por suerte sus hijas habían venido a ayudarla; había que ultimar varios detalles y terminar de preparar todo para la cena de su cumpleaños. Ella había aprovechado para seguir arreglando un poco el patio mientras las chicas se ocupaban de lo demás. Solía sostener un diálogo fluido con las plantas, y ese vínculo tenía la capacidad de serenarla. La tarde anterior había estado trabajando el jardinero y había dejado todo en condiciones; pero ella necesitaba dar los últimos retoques, dejar entre las plantas las huellas de sus manos. Quitaba algunas hojas que habían quedado sin recoger, algunas ramas que le parecía que estaban de más, seleccionaba algunas flores para engalanar un poco más la casa, y otras tantas ramas que aportarían a los arreglos la frescura de sus hojas. Un sol radiante presagiaba una noche espléndida, y Faustina sintió la dicha que puede sentir una mujer en un momento de tal plenitud.

Una vez adentro, cuando dio por terminados los arreglos florales, se sintió entusiasmada nada más de escuchar el ir y venir de la gente llevando y trayendo

encargos, corriendo muebles y cocinando. Todo estaría listo sin inconvenientes.

Al mediodía se sentaron a comer algo ligero. Las tres hijas volvían a ocupar sus antiguos lugares en la mesa familiar y otra vez colmaban la casa con sus voces, a cuál más estridente. En esas ocasiones Faustina no podía evitar recordar cuando las nenas eran chicas y saturaban la mesa con sus risas, sus charlas y sus peleas. En esa mesa se habían compartido triunfos y sueños, y también se habían intentado dirimir los problemas más insospechados y las injusticias más tremendas surgidos en la convivencia fraterna, solía decir Gloria.

María hablaba y Faustina creía ver, en lugar del pelo castaño que se había ido ondulando con el tiempo, la melena lacia y rubia de su pequeña hija mayor, y por un momento se dejó invadir por una marea de recuerdos. Pero entonces, algún comentario de las chicas las hizo irrumpir en carcajadas en forma tan intempestiva, que Gloria se atragantó. Faustina se levantó de un salto para golpearle la espalda mientras Betina, sin dejar de reír, le acercaba un vaso con agua. Fue así como la madre, en menos de un segundo, vio desvanecido su instante contemplativo.

Después del frugal almuerzo, como no podía ser de otra forma, las cuatro acudieron a cumplir con el mandato de la siesta. Las hermanas volvieron al cuarto que había sido de ellas desde la infancia, y Betina y María se durmieron enseguida.

La luz tenue y el sopor invadían la habitación amplia y alta a través de los postigos entrecerrados. Recostada en

su cama de la adolescencia, con la cabeza apoyada sobre el colchón y la almohada bajo los pies, tal como acostumbraba por aquellos tiempos, Gloria intentó combatir el silencio escuchando música con los auriculares, y exploró unos momentos las finas ranuras que rasgaban el cielo raso. Luego se levantó; nunca había podido adquirir el hábito de dormir la siesta.

Cuando eran chicas, su madre las obligaba a acostarse y no dejaba que salieran de la pieza. Ella leía, hacía los deberes, dibujaba o jugaba a la *capichúa* sobre la alfombra que estaba a los pies de la cama. Siguió con la vista la piedrita imaginaria que había rodado por fuera de la alfombra y al rebotar sobre las baldosas las hacía retumbar; sonrió al recordar cómo en aquella época se sentía con suerte si sus padres no se despertaban con esos ruidos.

Se quitó los auriculares y escuchó las respiraciones pausadas y profundas de sus hermanas; su madre dormía en la habitación contigua. Se acercó al mosquitero de la puerta y miró hacia la galería donde los perros también dormían. Se miró en el espejo del tocador y se acomodó un poco con las manos el pelo negro, bastante revuelto. Suavemente abrió uno de los cajoncitos. Cuántas cosas habían quedado allí desde que ella y sus hermanas habían ido dejando la casa. Cada tanto le gustaba hurgar entre los cajones, los estantes, en los roperos y demás muebles de su antigua habitación. Tomaba los objetos, los escrutaba y sopesaba en su memoria. Esa siesta, como varias otras veces, se detuvo a mirar una serie de fotos de cuando eran chicas. Sobre todo, le gustaba mirar una de ellas.

Era en verano. Ella, sus hermanas y sus primos, su madre y sus tías, todos posaban entre las raíces de un ombú. Era esa hora de la tarde en la cual el sol se cue-la durante unos minutos bajo las copas de los árboles y alumbra las formas rebuscadas de las ramas y los troncos. Milagrosamente, en esa foto se la veía bien; sonreía y hasta miraba directamente a la cámara. Por aquel entonces Gloria siempre salía movida en las fotos, hasta le decían que parecía un fantasma. “Mirá, ahí está otra vez el fantasma” solían decirle, pero no lograban hacerla enojar. Ella, igualmente, cada vez que se sacaban fotos se ilusionaba y esperaba ansiosa el momento de ir a buscarlas, cuando estuvieran reveladas. Pero casi siempre pasaba lo mismo: salía con alguna mueca, con los ojos cerrados, o directamente y por lo general, movida. Por eso muchas de las veces que hurgaba entre esos cajoncitos, se quedaba mirando esa foto. Había salido perfecta: el mentón apoyado en las palmas de las manos, los codos en las rodillas huesudas; tal vez el único segundo que había logrado permanecer quieta. Era una de varias fotos que se habían sacado durante unas vacaciones en las que habían ido a pasar unos días en el campo.

Ella se acordaba partes de esos días: tardes de mates bajo los eucaliptos, caminatas entre los frutales, noches de guitarreada y juegos de mesa a la luz de las velas. Entonces miró la sombra que parecía dibujada a propósito en el suelo frente al ombú, la silueta alargada de quien sostenía la cámara. Extrañamente, nunca había reparado en eso. Volvió sobre los rostros y señalando cada uno, los fue

nombrando para sí. Entre su madre, sus tías, sus hermanas y sus primos, no faltaba nadie. Recorrió con el dedo aquella silueta como haciendo un intento vano por percibir algún cambio en el espesor del papel, y se preguntó quién habría sacado la foto. Vagamente vino un rostro a su memoria, pero no alcanzó a descifrarlo.

María y Betina durmieron un rato más, hasta que los ladridos de los perros las despertaron; alguien había palmeado afuera, y ellos habían salido como locos. Gloria los siguió hasta la puerta del jardín, donde unos muchachos del taller protegido aguardaban con la torta de cumpleaños. Intercambió unas cuantas palabras con los chicos mientras tomaba la caja grande como podía, y luego volvió a entrar sorteando a los perros que se le cruzaban entre las piernas. Puso la torta sobre la mesa de la cocina y revisó que estuviera en perfectas condiciones. Entonces sí; ya estaba todo listo.

Esa tarde, a Gloria le gustó pensar que una vez más las cuatro funcionaban como una pieza de relojería: mientras una se bañaba y se arreglaba, las otras tomaban mate, volvían a acomodar la mesa y a poner todo en orden. Hasta que la madre y las hijas se sentaron junto al ventanal que daba al jardín. En cualquier momento comenzarían a llegar el resto de la familia, las vecinas y las amigas de Faustina.

Entonces Gloria quiso indagar acerca de la foto que había estado mirando.

—Estuve viendo las fotos —comenta—, las que están en el cajoncito del tocador.

—¡Sí! Unas donde yo estoy con el vestido floreado, ¿te acordás? —recuerda Betina con una sonrisa. Todas de vez en cuando revisaban esas fotos.

Pero María no se ríe.

—Fue ese verano —dice, con una mueca.

—¿Vos te acordás? ¿Te acordás que jugábamos al chinchón en una mesa larga? —le insiste Gloria, entusiasmada. Pero María está muy lejos de mostrar entusiasmo.

—Como para no acordarme —contesta —, si fue el verano de la tragedia.

Gloria y Betina se miran sin comprender. Entonces Faustina, que retocaba las flores en el centro de mesa, dirigiéndose a Betina, interviene:

—Vos no te lo querías poner, pero te quedaba precioso el vestido. —Y enseguida toma una bandejita de la mesa y les hace probar algunos de los bocaditos que habían encargado en el taller protegido. Todas coincidieron en lo ricos que estaban.

Entonces desde el comedor se escuchó el ruido de los autos que llegaban, las voces de los chicos y los ladridos de los perros, y las cuatro salieron a recibir a los recién llegados. Eran el marido de María con sus hijas y su sobrino, y Gustavo, la pareja de Betina. Josefina, la menor de las nietas, corrió abriéndose paso entre los perros, y fue la primera en colgarse del cuello de Faustina y darle un beso, emocionada por entregarle el regalo.

En un rato más la casa se llenó de risas y cuchicheos, de comentarios halagadores y ruidos de cubiertos. Faustina no daba abasto para conversar con sus amigas, atender a sus

nietas y escudriñar a su nieto, único varón de su generación en la mesa. Sus dos yernos hacían rancho aparte y de vez en cuando asentían ante alguna pregunta de alguna de las chicas. Faustina estaba feliz. Cuando terminaron de cenar llevaron la torta al patio donde habían preparado una mesa, y salieron a cantar el feliz cumpleaños y a brindar.

El teléfono sonaba a cada rato y Faustina entraba para contestar; cada vez volvía más radiante, y se reía con ganas de los cuentos de Tere, su amiga, que había acaparado la atención de la mayoría. Por momentos se quedaba mirando extasiada a sus nietos, todos concentrados en sus celulares. Ella se encargaba de que tuvieran otra porción más de postre, o de torta, o algún bombón de los tantos que había recibido de regalo.

A esa altura de la fiesta Gloria había encontrado pocas ocasiones para hablar con su hermana. Tras retazos de conversaciones con unos y otros, idas y venidas con bandejas y copas, había podido hacerle varias preguntas y de a poco había logrado hilvanar algunas respuestas. ¿Qué era eso tan trágico que había pasado aquel verano? ¿Cómo podía ella tener un recuerdo tan distinto? Ella recordaba bien lo del accidente donde había muerto Simón, el hijo de unos amigos íntimos de su madre, pero no lograba conectar ese hecho con aquel verano en el campo con todos sus primos; y mucho menos recordaba que Betina hubiera comenzado a tener pesadillas. ¿No estaría confundida María?

—“Pasó un ángel” —dijo alguien, y Gloria levantó la vista; indagó los rostros de quienes estaban cerca suyo.

Darío y sus primas jugaban en línea, abstraídos; se reían de vez en cuando o protestaban. Volvieron las conversaciones, y apareció Faustina con las copitas de licor. Los perros más jóvenes la seguían y de vez en cuando ligaban algo para comer. Sentada junto al ventanal que daba al comedor, un poco alejada, estaba Betina. Casi escondida detrás de Lila, la perra más vieja, fingía mirar cómo los chicos jugaban atrapados en el mundo virtual mientras acariciaba distraídamente el pelo largo y áspero de la perra.

“No, gracias, ma, no te preocupes”, repitió Faustina para sí. “Si la sigue acariciando así, la va a dejar pelada a la pobre Lila”, pensó. Igual, decidió llevarle a su hija menor unos arrolladitos dulces que siempre le habían gustado. Pero entonces, desde adentro alguien la llamó; algunos ya habían ido entrando, y estaba por comenzar el *karaoke*. No hizo tiempo de alcanzar la mesa, ya todos se habían dispuesto dejando un espacio para los que iban a cantar. El fondo de chicharras desapareció con la música, y Faustina se sentó a deleitarse con sus nietas que se lucían, una más hermosa que la otra, con el micrófono en la mano. Hasta Gloria cantó, y ella misma cantó a coro las canciones de su juventud. Buscó a Betina con la mirada y vio que también cantaba algunas veces, y que charlaba con Renato y la Romi, o se reía por lo bajo con las sobrinas. La perra había venido a sentarse a su lado, sentía cómo con la cola le golpeaba rítmicamente la pierna; miró la mesa con la torta, los postres, las bebidas; se acercó Tere con una bandejita con bombones y ella se sirvió uno como al pasar.

Al día siguiente María fue la primera en levantarse. Mientras preparaba el mate y elegía algunas masitas para desayunar con su madre y sus hermanas, pensaba en lo lindo que había estado el cumpleaños. Más tarde llegarían algunas vecinas para almorzar. Josefina, su hija menor, después de una noche tan larga y llena de emociones, tardaría en despertarse; por ser la más chiquita era la única que se había quedado a dormir con ella en la casa de la abuela. Darío y sus otras hijas quién sabe a la hora que llegarían, seguramente dormirían hasta tarde; se habían ido a bailar cuando la fiesta terminaba, y ella no sabía a qué hora habrían regresado.

María casi nunca tenía la oportunidad de estar un rato a solas. Pasó una y otra vez el trapo rejilla sobre la mesa, donde a esa hora un rayo de sol daba directo por la ventana y alcanzaba a entibiar el mármol. Repasaba los distintos momentos de la fiesta y pensaba con satisfacción que todo había salido a pedir de boca. Cerca de la madrugada, cuando ya todo había terminado, se había quedado ordenando un poco y conversando con Facundo. Todavía sentía en la piel, en los senos y en los labios los resabios del sexo furtivo en el cuartito del fondo, donde guardaban las cosas del jardín. Después él se había ido y ella se quedaría allí todo el fin de semana, como era la costumbre de las hijas para el cumpleaños de la madre.

El agua del mate estaba en su punto justo, cuando los perros anunciaron que alguien entraba; entonces María salió al encuentro de Tere, que llegaba con unas bolsas de frutas cosechadas en el campo. La “tía Tere”, como

le decían las chicas, era parte de la familia. Su casa natal había estado separada de la de Faustina por un par de, en aquel momento, terrenos baldíos. Las dos habían hecho la escuela juntas desde primero inferior, y si la vida en ocasiones las había llevado por distintos caminos, también se había encargado de volverlas a reunir. Aún cebaban los primeros mates cuando Faustina, Gloria y Betina se arrimaron a la mesa de la cocina.

Era cerca del mediodía y las cinco mujeres todavía charlaban sobre la fiesta.

—¿Y sabés quién me llamó en plena fiesta? —le preguntó Faustina a Tere—. Te lo iba a comentar anoche y se me pasó. Igual, ya te lo podés imaginar. Me llamó Eugenia, la hija de Rosalía y Enrique; alcanzó a mandarte saludos y se cortó, se ve que estaba lloviendo fuerte por allá.

—“Eugenia” —repitió en un susurro Betina. Hacía mucho tiempo que no pensaba en ella; sintió un escalofrío y se le cerró la garganta.

Del otro lado de la mesa, Gloria, como devolviendo el susurro de su hermana, repitió también el nombre. Poco a poco, como cuando el barro salpicado sobre el parabrisas se va limpiando con la lluvia y va dejando ver con claridad, comenzó a componer un rostro en la memoria.

—“Eugenia” —repitió Gloria una vez más. Y la imagen se le presentó nítida, ahora recordaba. Era la sombra que había sacado las fotos aquel verano, la sombra pintada en un negro pálido en el suelo, desplegada a los pies del ombú.

